

nas pueden entresacarse algunas muy medianas, necesitándose llegar á D. Manuel Eduardo de Gorostiza para encontrar obras dramáticas de méritos reales y positivos.”

Por lo que toca á la decadencia de los espectáculos teatrales en la Capital, sus causas principales estuvieron en la pobreza que empezó á generalizarse y en las enconosas luchas civiles. En efecto, las al parecer inagotables fuentes de riqueza pública, habían quedado cegadas por los préstamos infinitos y continuos al gobierno de la Metrópoli, y por la ruina que originó la guerra de Independencia, guerra en la cual realistas é insurgentes compitieron en actos crueles contra la vida y la propiedad, al grado de que apenas hubo familia en uno y en otro campo que no vistiese las tocas de luto ó los andrajos de la miseria.

Once años después, y cuando los más acérrimos enemigos de la Independencia vieron que empezaban á brillar los primeros resplandores de las luces que habían de dar nombre á nuestro siglo; cuando echaron de ver que la heroica España que con ciego patriotismo había bregado contra el mayor Capitán de los tiempos modernos, aceptaba muchas de sus ideas de regeneración y progreso humanos, y que, más ó menos tímidamente, derrocaba las entidades legendarias del antiguo régimen, traicionáronse á sí mismos y otorgaron á D. Agustín de Iturbide el honor de dar cima á la obra emprendida por el venerable Hidalgo, el nunca bien admirado y cual ninguno insigne Morelos, y el generoso Mina, y el miedo á la libertad permitió que la libertad triunfase en las tres veces secular colonia, y los mártires insurgentes quedaron justificados por los asimiladores trigarantes.



SEGUNDA PARTE

De 1821 á 1840

HOMENAJE DE RESPETUOSO CARIÑO

AL SR. D. JOAQUIN BARANDA

CAPITULO PRIMERO

1821—1824.

Al consumarse la Independencia, el estado de nuestro Coliseo y de sus espectáculos era tristísimo. La pobreza, la ruina originadas por aquella terrible guerra de once años, alcanzaron á todos y en todo se hicieron sentir.

La imperfección del Coliseo, en punto á decoraciones, era extrema, según nos los dice un papel de la época, el *Semanario político y literario*.—“¿Cómo, exclama, cómo ahora que tenemos cómicos muy capaces de desempeñar con esmero nuestros mejores dramas, no piensan los empresarios en adornar la escena conforme al carácter de las piezas que representan?... Todo está mal pintado, sin perspectiva, sin el menor conocimiento de arquitectura, sin ningún efecto de claro oscuro, y es tal la confusión en los bastidores, que rara vez convienen con el telón. Tan mal arreglado, tan mal dirigido está todo lo que pertenece á esta parte esencial del teatro, que á veces se me figura que presencio las farsas de aldea, y sólo en fuerza del hábito y de su mucha prudencia puede sufrir el público tan garrafales desconciertos. Cuando el patio está bien iluminado, no hay luz en la escena, tanto que las más veces no se distinguen desde el centro del teatro,

y aun mucho más cerca, los personajes que hay en ella. Todas las noches, y sea cual fuere el drama que se representa, salen las mismas decoraciones, y siempre estamos en la misma ciudad, en la misma habitación y en el mismo cuarto. Otras veces sirve para la tragedia la misma decoración que para la comedia ó sainete, y no contentos con representarnos de la misma manera el edificio griego que el de Constantinopla, y las formas y los adornos arquitectónicos del tiempo de Alejandro, los mismos enteramente que los de quince ó veinte siglos después, quieren también hacernos creer que las casas de Madrid y París no se distinguen de los antiguos palacios de Venecia y Roma, y que los reyes de Castilla y Aragón edificaban y decoraban sus habitaciones lo mismo absolutamente que los egipcios y cartagineses. Conozco decoraciones que tienen quince ó veinte años de pintadas, y durante todo ese tiempo se han aprovechado de ellas los asentistas con tanto tino y economía, que han hecho papel en todos los países que alumbró el sol y han servido para cuantos sucesos públicos y privados, grandes y chicos, han acaecido desde los primeros siglos hasta nuestros días. Las decoraciones hechas después de mi salida de México, salvo una de un subterráneo, bastante buena, que copió Aparicio de una de las Tadei, tan aplaudidas en Madrid y Barcelona, son sin duda las peores de nuestro teatro."

"La elección de las funciones, dice el mismo periódico, debía estar á cargo de un hombre de conocimientos que no permitiese representar ejemplos de inmoralidad como la escandalosa altercación entre el Marinero y el Capitán Sabó en la opereta del *Marinerito*, y otros muchos con que cada día se nos enseña á menospreciar todas las ideas de honradez y todos los principios de la buena educación. Cuidaría también del mérito literario de los dramas, procurando ir infundiendo en los espectadores el verdadero gusto clásico, á que por desgracia se va sustituyendo el que conocen en Europa con el nombre de romántico. De las comedias de Moratín, Cienfuegos y Quintana conocemos pocas; en lo que llevamos de temporada sólo se han ejecutado *El Café* y el *Si de las niñas*, del primero, sin hacer caso del *Viejo y la niña*, la *Mogigata* y el *Barón*; de Quintana sólo se ha dado *El Pelayo*. Estos y las comedias de Vega, Calderón, Moreto, Cañizares, etc., pudieran proporcionarnos una diversión bastante variada y nada perjudicial.—Las tonadillas y sainetes que sirven de intermedios, deben desterrarse para siempre, porque además de ser casi todos un tejido de desvergüenzas y deshonestidades, están puestos en una música tan estafalaria que hacen muy poco honor al gusto de los espectadores. Piezas cortas hay que alternando con los bailes y algunas arias escogidas, pudieran servir, no de intermedios, porque estos destruyen todo el efecto y la ilusión del drama principal, sino de final de las funciones, las cuales siempre deben terminar á una hora pro-

porcionada sin que nunca se verifique que unas veces salgamos á las once y media y otras á las nueve en punto, como ha sucedido en los últimos días.

"Los bailes exigen también una reforma; su esencia no consiste en dar saltos y brincos sin objeto alguno: ellos son unos poemas como otro cualquiera, y por consiguiente deben tener un argumento expresado por medio del gesto y de la pantomima, y aunque se ejecutan algunos de esta clase, los quintetos y sextetos que vemos diariamente son las composiciones más monstruosas y chocantes del mundo.

"En cuanto á la propiedad de los trajes, se ha adelantado mucho de uno ó dos años á esta parte, pero aun se usa un vicio sumamente ridículo y es la reverencia que hacen al público todos los actores luego que salen por primera vez á la escena, sin embargo de hallarse expresamente prohibido por el Sr. D. Carlos III en real orden de 11 de Diciembre de 1786, que se encuentra entre las leyes de la Novísima Recopilación, cuyas palabras nos parece conveniente copiar: "no podrán, dice, dichos actores y actoras hacer gestos, señales, ni responder con cortesías á las que recibieren, ó al retirarse de la escena á los aplausos que les dieren: pues además de los inconvenientes morales que resultan de algunos de estos abusos, todos conspiran á destruir la ilusión teatral."

"El teatro, que debe ser la escuela de las buenas costumbres, de la educación y de la finura, es en esta Capital la cátedra de la corrupción y de la grosería: los dramas que se representan son inmorales y escandalosos, tales como el *Diablo predicador* cuyo argumento, contrario á todas las reglas del arte, es además un tejido de impiedades y burlas de la Religión: la *Inocente Dorotea* no presenta sino un cuadro inhonesto: el *Falso Nuncio de Portugal* es de la misma clase de el *Diablo predicador*. Los personajes más respetables no aparecen sino en ridículo, las lecciones que se dan en el teatro son inmorales; el ridículo cómico, el de opinión, se han abandonado por las acciones romancescas y por los delitos atroces; los títulos de las comedias bastan para atemorizarnos en vez de excitarnos á risa, objeto de la comedia; el *Asesino*, el *Hombre de la Selva negra*, la *Terrible noche de un proscrito*, los *Piratas en el bosque de los sepulcros*... todo nos asusta con sólo su nombre; cuanto se presenta en las tablas respira sangre, sensualidad y escándalo.

"En su mayoría los cómicos no procuran abandonar el libertinaje y los extravíos á que se entregan como consecuencia del abatimiento social en que se encuentran, y sucede que la que representa el papel de *Lucrecia* tiene dividido el resto de la noche con una parte de los admiradores de la virtud, como dice un ilustre escritor. Y en los espectadores, ¿qué otra cosa se nota por lo común, sino mala educación y grosería? Ya estos tratan de comercio; ya otros con guerreros y

legisladores; ya, en fin, todos hablan alto, todos fuman á la vez, todos molestan al que quiere tener un rato de desahogo y que al fin no lo consigue, porque los que concurren al teatro y se tienen por ilustrados son los primeros que lo impiden, pues parece que todo su empeño es incomodar á los demás.”

Otro periodista, comentando las anteriores censuras, añadía: “Nada en efecto se ha reformado en el teatro: el público se cansa de sufrir y apenas hay noche que no manifieste su disgusto con silbidos, que más bien que á los actores se dirigen á las piezas que ejecutan, y no es extraño que aburridos los espectadores se entretengan en conversaciones ajenas al lugar en que se hallan.”

Sin embargo, parece que al menos de vez en cuando dábanse funciones notables que merecían ser cantadas por nuestros poetas. En el *Semanario Político* de 28 de Agosto de 1821, se hacen elogios del primer galán de la Compañía y se inserta la siguiente

Poesía al Sr. Aragón en la representación de la tragedia HAMLET.

“Yo lo ví, yo lo ví; puñal sangriento
era en su mano, y el ardiente joven
venganza grita, y retumbó venganza
desde el fuerte cimiento
al artesón del anchuroso alcázar.

La augusta sombra del difunto padre
miradas de terror al joven lanza;
“héte, le dice, en la orfandad sumido,
héte al arbitrio de nefanda madre
y de adúltera vil; venga mi muerte:
¿eres hijo de Hamlet? ¡pues sé fuerte!”

—Sí: yo te vengaré, será teñido
de sangre parricida el pavimento,
y yo tal vez los seguiré á la tumba
Mas nada importa, que morir es dulce
si las venganzas al morir preceden

Tiembla, tiembla de mí, madre inhumana,
sangre pide la víctima inocente;
con muertos y con sangre pueden sólo
sus gritos acallarse, y es la tuya
la sangre que me pide; él me lo dice,
óyelo y muere de vergüenza luego.
¿no le mataste tú? júralo al punto,
que de mi padre las cenizas frías
reciban el sagrado juramento.
Mas tiemblas! te desmayas! infelice!”

¿Y todo fué ilusión? ¿Y Hamlet furioso
es un actor no más? ¿Y es solamente
el joven Aragón? Ilustre pueblo,
siga tu admiración, tu aplauso siga
y premios dignos al actor prodiga.”

En ese año de 1821 hubo en el Coliseo una función notable, la de la noche del 27 de Octubre. Por bando imperial de 13 del mismo, fué dicho día 27 designado para la proclamación y jura solemne de la Independencia consumada por el jefe del Ejército Trigarante. La ceremonia, que fué de lo más fastuoso, se verificó en la tarde de ese día en la plaza principal ó de armas, en un vistoso templete decorado con pinturas y poesías alusivas, levantado en el centro de ella y dispuesto de modo que ocultaba la estatua ecuestre de Carlos IV, que estaba entonces allí.

En la noche hubo función de gala en el Teatro, representándose el melodrama, *México Libre*, escrito por el poeta mexicano D. Francisco Ortega, literato y hombre público muy distinguido. “Su melodrama, en concepto de Pimentel, se recomienda por su argumento sencillo y está desempeñado por medio de personajes alegóricos: la *Libertad* favoreciendo á la *América*; *Marte* y *Palas* ayudando á la *Libertad* y pretendiendo cada cual haber decidido el buen éxito de la Independencia: *Mercurio* aparece mediando en la controversia; el *Despotismo*, la *Discordia*, el *Fanatismo* y la *Ignorancia*, confiesan los males que han ocasionado á México, se declaran culpables y huyen á los abismos. El lenguaje es correcto y la versificación armoniosa.”

D. Francisco Ortega, diputado al primer Congreso mexicano, fué uno de los pocos miembros de él que hicieron oposición á Iturbide y con motivo de su coronación, como primer Emperador, le compuso una oda en que le decía con honrada franqueza:

Esos loores con que al cielo te alcanzan
los vítores confusos que de Anáhuac
Señor hoy te proclaman,
del rango de los héroes, inhumanos,
te arrancan, y encaraman
al rango ¡oh Dios! fatal de los *tiranos*.
.....
.....el cetro aborrecido
arroja presto, que tu gloria empañe.
.....

Con la severidad del *Segismundo* de Calderón de la Barca, los políticos mexicanos habían derrocado á D. Agustín de Iturbide y ofre-

cido, si bien á regañadientes, el planteamiento del sistema federal. A los exóticos títulos nobiliarios del primer Imperio, sucedieron las exageraciones democráticas, y los cómicos hubieron de ajustarse al nuevo patrón. El programa para la función del 9 de Setiembre de 1823 está así concebido :

“Esta noche serán ejecutadas las piezas que siguen : Una sobresaliente obertura : una aria escogida, por la *ciudadana* Mariana Gutiérrez : un concierto de violín obligado por el profesor *ciudadano* Francisco Delgado : aria por la *ciudadana* Amada Plata : aria bufa por el *ciudadano* Victorio Rocamora : dúo por los nombrados Mariana Gutiérrez y Rocamora ; terceto por Amada Plata, Miguel Maya y Victorio Rocamora : terminando la función con la chistosa comedia en un acto, la *Inocente Dorotea*, en la que desempeñará la damita una joven de diez años.”

Inserto ese programa porque es el primero que tengo íntegro en mi repertorio de noticias; pero no quiere decir que esa fuese la primera función de la temporada. Aunque con mucha irregularidad y varias interrupciones, la Compañía venía trabajando desde mediados de Abril, en cuyo día 25 ofreció una función á los Jefes del Ejército Libertador, que así era llamado el que derrocó á Iturbide, representándose la tragedia *La Viuda de Padilla*, que fué recibida con sin igual entusiasmo.

Las irregularidades é interrupciones á que he hecho alusión, eran causadas por el terrible estado de intranquilidad en que México vivió en esos meses, originado por las enconosas luchas de centralistas y federalistas que se disputaban la influencia que uno ú otro habrían de ejercer sobre el nuevo Congreso constituyente. Esta agitación trascendía al teatro, y en cada función se armaban magnas peloterías en el público, sobre cualquier frase ó liberal ó realista, de las comedias que se ejecutaban. Para cada noche de representación era necesario permiso expreso del Gobierno, que lo negó muchas veces.

En 11 de Setiembre la Compañía expidió el siguiente anuncio :

“Habiéndose alcanzado del Supremo Gobierno extendiese su permiso para otras cuatro funciones sobre las ocho ya ejecutadas; deseoso el *ciudadano* empresario Victorio Rocamora de que en lo sucesivo se guarde el orden más exacto para que este respetable público quede del mejor modo servido, ha determinado distribuir boletines para todas las localidades, comenzando el domingo 14 con una sobresaliente obertura; un rondó obligado á fagot, que cantará la *ciudadana* Mariana Gutiérrez; un concierto á trompa por el *ciudadano* Salot; una aria bufa por el *ciudadano* Victorio Rocamora : otra aria por la *ciudadana* Amada Plata; dúo por la Gutiérrez y Miguel Maya : el quinteto de la *Dama Volturia* por los dichos y el *ciudadano* Luciano Cortés, y la comedia en un acto *El Esplin*.”

Para el día 18, siguiente al de la solemne ceremonia de la colocación de los restos de los caudillos insurgentes en el altar de los Reyes en Catedral, se anunció la contrata de los *ciudadanos* José María Amador y Juana Martínez. Un tanto cuanto gastada, pero hermosa aún, también figuraba en aquel cuadro Inés García; pero la nueva estrella teatral éralo por entonces Cecilia Ortiz, de la cual no tardaré mucho en hablar.

En cuanto á la disposición de las funciones, poco, según hemos visto, se había variado. Aquello era una estrambótica *mesa revuelta*; júzguese por las siguientes citas. El 21 de Setiembre la función se compuso de la ópera *El Barbero de Sevilla*, y el sainete de *El Burro afeitado*. En los días siguientes, y no cito fechas por no hacerme cansado, se dieron en variada confusión *Sancho Ortiz* y la tonadilla de *Los Hidalgos de Medellin*, la tragedia *Otelo* y el dúo del *Tío y la Tía*; la ópera *El Califa de Bagdad*, *Lo cierto por lo dudoso*, la tonadilla *El inglés y la gaditana*, y las *boleras* por Margarita Olivares y Juan Marani.

Por cierto que á las bailarinas no se las juzgó, sin duda, dignas de ser *ciudadanas*, pues hallo que en 27 de Setiembre, en la conmemoración del aniversario trigarante, después de la comedia *Las Cuatro Sultanas*, se bailó el quinteto de *Dido abandonada*, por las *madamas* Isabel Rendón é Ignacia Aguilar, y los *ciudadanos* Morales, Rodríguez y Victoriano Mota. En 29 de Setiembre se representó el *Pintor fingido* y cantaron un dúo Inés García y Manuel Patiño.

Las funciones se anunciaban, como era antiquísima costumbre, con un cartel que se fijaba en la entrada del Portal de Mercaderes; esos carteles solían estar adornados con pinturas de las escenas más notables, y á este propósito encuéntrome en el programa que insertó *El Sol* el 29 de dicho Setiembre, la siguiente “Nota. En el cartel de ayer en que se anunció la tragedia *El Orestes*, se pintó un cuadro de la ciudad de Argos atacada á fusilazos por los enemigos del Egipto. Lo advertimos para que se sepa que la invención de la pólvora fué posterior.”

En 1º de Octubre, para celebrar los triunfos de la República de Colombia sobre las fuerzas invasoras españolas, se representó en el Coliseo *El Duque de Pentievre ó el buen Gobernador*.

El día 9 de ese mismo mes de Octubre de 1822 merece fijarse de un modo especial en estas memorias, porque en él y por primera vez en su larga vida, el Coliseo Nuevo tuvo un competidor, según consta del siguiente programa ó anuncio, que estimo muy curioso:

“*Teatro en el Palenque que fué de Gallos*.—La Compañía cómica del *ciudadano* Luciano Cortés, que tiene el honor de ofrecerse á tan respetable público, comenzará sus tareas la noche de este día en el teatro nuevamente formado en el palenque que fué de Gallos, con la

comedia en cinco actos titulada *Aradín Barba Roja ó los piratas en el bosque de los sepulcros*. Su primer intermedio se cubrirá con un terceto por los *ciudadanos* Mariana Gutiérrez, Victorio Rocamora y Bernardo Contreras, y el segundo con el bolero que bailarán los *ciudadanos* Margarita Olivares y Juan Marani.—La hora de comenzar será á las siete y media *si el tiempo lo permitiere*.”

¿Qué quiso decirse con esta condicional? ¿Acaso la cubierta del teatro no era impermeable á la lluvia? Ese antiguo palenque ó plaza de gallos ocupó un extenso terreno entre las calles de las Moras y de Celaya en los solares que hoy ocupan á su vez las casas núms. 17 y 19 de la primera calle citada y las núms. 17 y 18 de la segunda. El local era cómodo y grande, y como construído de madera en su mayor parte, mucho más airoso y aun elegante, relativamente, que el Coliseo su predecesor. En las funciones subsecuentes á su estreno dió *El Desdén con el desdén*, *El médico á palos*, *La mujer firme ó lo cierto por lo dudoso*, la tonadilla de *El Presidiario*, por Francisco Esquivel y Bernardo Contreras, y *Quien á otro mal desea es fuerza que en sí lo vea*, ó *El prisionero de guerra*.

Tal fué el modesto principio del Teatro de los Gallos, que no tardó mucho en gozar de un relativo esplendor artístico, para venir á dar más tarde en los mayores descrédito y miseria, al extremo de que México había casi olvidado el tal teatro cuando en un cierto día de Todos Santos, hubo de reducirle á cenizas un incendio producido por el aguarrás de la esponja de un globo que cayó sobre los apolillados tajamaniles de su vetusta techumbre.

Con Luciano Cortés, empresario y director de aquel cuadro, compartía los triunfos Cecilia Ortiz, guapa y muy graciosa mujer, de quien sus contemporáneos hacen así el retrato: “gustábale lucir su garbo en la calle, y vestía por lo regular un traje corto y alto de talle, de muselina con olanes de tarjas, que le permitía lucir sus menudos pies calzados con zapatos escotados de seda; casi siempre llevaba al cuello un grueso hilo de perlas con un pendiente de dos granos en figura de guaje, montado en diamantes rosas; los zarcillos eran de igual forma y montura que el pendiente; sujetaba el reloj á la cintura con un broche de oro en que remataba la soguilla, de un delicado trabajo de filigrana; llevaba con mucha gracia la mantilla de punto blanco, y solía cubrir sus hombros con un magnífico tápalo de China, que recogía con la mano izquierda en la cintura, á la moda de las majas españolas.”

En un *Romance Heroico* publicado por Erasmo Luján, en *El Sol* de 8 de Noviembre de 1823, se leen los siguientes elogios de la Ortiz y de sus compañeros Torremocha, Amador y Luciano Cortés, á propósito de una representación de *El delincuente honrado*.

“No sus antiguos cómicos ostente
Roma, que tanto fueron celebrados;
ni á sus modernos la ilustrada Europa
prodigue encomios ni prevenga lauros.

“En el Anáhuac hay quien los imite,
muy mal he dicho, hay quien en sus teatros
los aventaje á todos, pues en su arte
inimitables son; no hay que dudarle.

“Venga á México, venga aquel que juzgue
que sólo la pasión mueve mi labio,
para alabar así nuestros actores
en cuyo digno elogio aun quedo escaso.

“Aquí, pues, los verá cuando en la escena
muestran al noble *delincuente honrado*,
ni hay, ni puede, ni jamás ha habido
genios en su arte tan aventajados.”

Va haciendo después el autor de la composición el elogio de cada uno de los cómicos susodichos, y al llegar á Cecilia Ortiz, exclama con entusiasmo:

“Apolo dijo, no hay quien aventaje
á los actores tres que van nombrados,
mas Melpomene al punto le presenta
á Cecilia que lleva de la mano.

“¿Cecilia sí, Cecilia no mal dije:
la divina Cecilia, el gran milagro
cómico, que reunir en sí ha sabido
la tragedia, comedia, baile y canto.

“¿Quién no se sorprendió la triste noche
que la vimos llorar su esposo amado?
¿qué pecho diamantino no se mueve?
¿qué férreo corazón no queda blando?

“Al admirar su prócer estatura
por Andrómaca alguno la ha juzgado,
que llena de aficción y sentimiento
lloraba las exequias de Héctor bravo.

“¡Ay! por piedad, Cecilia, no, no finjas
con tantas veras tu dolor tirano:
¿qué, quieres darle muerte verdadera
al auditorio con tormento falso?

“¿Qué lágrimas! ¡qué afectos! ¡que sollozos!
¿Es cierto ó es fingido lo que palpo?

¿Puede á los hechos verdaderos, reales,
la ilusión sola aventajar acaso?

“No es ilusión, es cierto cuanto miro:
ved cómo llora y gime.... ¡ay! un desmayo....
¡Desmayo! No: ¡La muerte en un instante
á Cecilia por siempre ha arrebatado!

“Pero no, que otra vez muy lentamente
torna á mover los miembros fatigados.
La ilusión me engañó: ya reflexiono
que sólo fué aparente el lance aciago.

“Tan bien fingido estuvo, que jurara
que á tocarla llegué su rostro helado:
yo de su cuerpo ví salir su sombra
buscando pura los eliseos campos.

“Con razón Melpomene ante su Apolo
de la tragedia le consigna el mando,
y el Pitio dios en su serena frente
cife el inmarcesible y digno lauro.

—“Ella es sin duda en todo la primera,
dice el Delfico dios, á nadie es dado
imitar á Cecilia, y solamente
tal prodigio formé para admirarlo.

“¿En el ligero baile no la visteis
llevar graciosa los veloces pasos,
y entre sus plantas corazones y ojos
á la par unos y otros va enredando?

“Los tiernos geniecillos ledos mueven
sus vestidos hacia éste y aquel lado,
para que al talle airoso más agracien
y den al pie ligero paso franco.

“Cuando escena amorosa representa
¿qué amante en la comedia no le ha echado
una ojeada á la joven á quien ama,
y de la que es también luego mirado?

“Píramo y Tisbe, Psiquis y Cupido
el fuego del amor nunca expresaron
con los suaves afectos que lo expresa
Cecilia con su ardor y su entusiasmo.

“Las apacibles gracias, los amores,
salen sonriendo de sus dulces labios.
¡Ay! los amantes ¡ay! no sé qué sienten....
¡cuántos suspiros causa! ¡cuántos llantos!

“Si entre los suaves tonos de la orquesta
el oído regocija con su canto,

no habrá alguno que no lo califique
de dulce, de armonioso y arreglado.

“Ven conmigo, concluye el Dios Apolo;
ven conmigo, Cecilia, con Luciano,
con Amador y Torremocha unidos,
que hoy el debido premio voy á daros.

“Así dijo, y en una blanca nube
coloca el dios de Delos á los cuatro,
y los lleva consigo, asaz contento,
á morar para siempre en el Parnaso.”

No obstante esto, vivieron aún algunos años sobre la tierra, y al fin murieron sin dejar semilla, lo cual fué lástima, tratándose de notabilidades que así enloquecían á Apolo.

Las noticias que de España se recibían ponderándonos el esplendor alcanzado en Madrid por la ópera interpretada por el tenor Montresor, los bajos Magiotti y Vacani, la tiple Cortesi, y la contralto Fábrica, fueron causa de que con el objeto de traer una Compañía de Canto Italiano, varias personas de buen gusto convidaran á fines de Enero de 1824 á la formación de una empresa de abonados, por acciones de á cien pesos: el encargado de recibir las adhesiones, lo fué el librero D. Mariano Galván, pero desgraciadamente la asociación no llegó á tener efecto, porque con la cosa de que los españoles europeos andaban alebrestados, no concurrieron á suscribirse muchas de sus familias, que eran las de mayores posibles y elementos. Los triunfos de los federalistas en las discusiones del proyecto de Constitución, y la resistencia de los conservadores, fueron sembrando en el país los impacientes y los descontentos, y las revueltas y sediciones sucedíanse con rapidez. En la *tierra caliente* diversos cabecillas habían levantado bandera contra los españoles, tan numerosos en aquel rumbo, pidiendo el despojo y la expulsión inmediata de todo *gachupin*.

La pobreza era suma y apenas circulaba otro dinero que el odioso papel moneda mandado imprimir por el Poder Ejecutivo en el reverso de las bulas sobrantes de la Santa Cruzada, á fin de que no fuera fácil falsificarlo, con cuyo papel moneda se substituyó el expedido por el Gobierno Imperial de Iturbide, que se recogió é inutilizó.

En los primeros días de 1824 y últimos de Enero, el Gral. Lobato y el Comandante Stávoli se pronunciaron en la misma Capital, exigiendo á su vez el despojo y expulsión de españoles, y gracias á la entereza del Poder Ejecutivo y del Congreso, los amotinados hubieron de desistir de obtener por las armas lo que no había de tardar en concedérseles por vías legales.